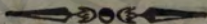


1
L
CAMPAÑA

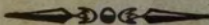
101
DEL
EJERCITO REPUBLICANO
AL
BRASIL
Y
TRIUNFO DE ITUZAINGO.



**CANTO LIRICO, COMPUESTO POR JUAN C. VARELA, Y DEDICADO
AL JENERAL VENCEDOR.**



SUCRE.



Imprenta de la libertad.
Año de 1840.

Alzóse BROWN en la barquilla débil,
 Pero no débil desde que él se alzára,
 Y la espumante prora,
 Dividiendo las ondas cristalinas,
 Convierte al enemigo vencedora;
 Lo arroja de las aguas arjentinas,
 Y en un combate, y mil, al mundo enseña
 Que el poder es ser bravo, y que Fortuna
 Del sublime valor, que la desdeña,
 No tiene en las hazañas parte alguna.
 Mientras, contra la fuerza y el Destino,
 BROWN combatia la tremenda flota,
 Quedaba libre el líquido camino;
 Y á la playa remota
 Volaban las legiones animosas,
 Que al causador de tan inicua guerra
 A mostrar iban ya que las banderas
 De la Patria flameaban victoriosas,
 Lo mismo que en las aguas, en la tierra.

“¡Salud, Banda Oriental! ¡Salud, campeones,
 “Que desde Sarandí poséis la gloria!
 “Fue vuestro primer paso una victoria,
 “Vuestro ensayo primero hundir legiones:
 “Ya la Patria os saluda;
 “Sus hijos sois; y, uniendo el Occidente
 “Su esfuerzo á los esfuerzos del Oriente,
 “Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.”
 Tal dijo ALVEAR, cuando pisó la playa
 Opima, fértil, de riqueza llena,
 Que fue la presa de ambicion ajena,
 Y que ya libre para siempre se halla.
 Otra vez os imploro,
 ¡Oh Númenes del canto!
 Pulsad mi lira con el plectro de oro.
 O borro el verso que no alcanza á tanto.
 Oiga yo resonar ¡Mas qué inter. ampe
 El éco celestial de la armonía?
 ¡Quién en voces horrísonas prorrumpe,
 Y destruye su grata melodía?
 ¡Ay! Que sonó la trompa,
 La ronca trompa del feroz Mavorte,
 Y en belicosa pompa

Al Ed. Sr. Jeneral del Ejército Republicano, Brigadier Jeneral D. CARLOS ALVEAR.

Buenos-Aires, Marzo 22 de 1827.

EXCMO. SR.

Tago el honor de dirijir á V. E. el adjunto *Canto lírico*. El o tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

La muerte ha arrebatado al Parnaso arjentino algunos jenios mas felices que el mio; y ecsiste uno, de quien Apolo debe estar resentido de que ya no le rinda homenajes.

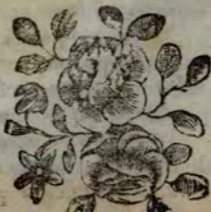
Si rivieran Luca, Lafinur, Rodriguez y Rojas, ó si pulsára Lopez su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serian cantadas de un modo digno de ellas.

Entretanto sírvase V. E. acoger mi *Canto lírico* como el tributo del respeto que rindo á su persona y á su mérito.

B. L. M. de V. E.

SEÑOR.

JUAN. C. VARELA.



CANTO LIRICO.

Las barreras del tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, obscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo;
Partióse al fin el diamantino muro
Con que de mi existencia dividias
Tus hombres, tus sucesos y tus dias.

Mil siglos volaron
Ante los ojos míos; mil naciones
Con ellos perecieron;
Y otras jeneraciones,
Y otros imperios á la vez nacieron:
Empero la República Argentina
Se salva sola en tan inmensa ruina.
Presente allá en las pósteras edades,
Veo que no ha quedado ni memoria
De griegos y romanos: otra historia
De admiracion embarga al universo;
Otros hechos sublimes, otros nombres
Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso,
Y en páginas eternas; y los hombres
Los pronuncian, de asombro penetrados,
Y en respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo.
No suenan las Termópilas, los llanos
De Maraton no suenan;
Platéa y Salamina

Cual si no fueran son; y ya no llenan
 Leonidas y Temístocles el orbe;
 Que otra gloria mas ínclita domina,
 Y la atencion del universo absorbe.
 Esos nombres ilustres se eclipsaron;
 Los de ALVEAR y de BROWN los remplazaron;
 Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el *Uruguay* escritos,
 Enseñan á los reyes de la tierra
 Que los *libres* no sufren sus delitos,
 Descended ácia mí, Nùmen del canto,
 Mientras el genio de la historia corta
 La pluma de oro, que á la tierra dejó,
 Cual yo la miro en el momento, absorta,
 Mientras jaspes, y mármoles y bronces
 El buril no penetra,
 Y á los siglos de entónces
 Gravada pasa indestructible letra;
 O mientras en estatuas colosales
 El mundo no conoce todavia
 Esos republicanos inmortales
 Que dieron glorias á la Patria mia,
 Descended ácia mí, Nùmen del canto;
 Y, si un mortal feliz pudiese tanto,
 Mi verso irá por cuanto Febo dora,
 Del Austro à los Triones,
 Y, leído en las playas de Occidente,
 Llevado por la fama voladora,
 Admirará despues á las naciones
 Que reciben la lumbre refulgente
 Del rosado palacio de la Aurora.
 Sepultado en el báratro profundo,
 Y respirando rencorosa saña,
 Porque ya no asolaba el Nuevo Mundo,
 Como cuando triunfámos de la España,
 El mónstruo de la guerra concitára
 A la Ambicion sedienta;
 Y la Ambicion sangrienta,
 Que del mónstruo los ecos escuchára,
 A la Venganza en su socorro acude,
 La venganza sus crímenes prepara,
 La Discordia sus víboras sacude,

Y su grito feroz hinche el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
Las eternas puertas del infierno,
Con hórrido alarido el mundo espantan,
Y al Brasil se lanzaron.
Y el estruendoso carro despeñaron.
Entonces ese déspota insolente,
Que en el Brasil domina,
Tiende á los bellos campos del Oriente,
Una mano alevosa y asesina;
Y con enojo horrible, y bronco tono,
"No puede ser (clamó) que el argentino
"Así se burle de la voz del trono,
"Y tenga mas poder que el del Destino.
"El mio es dominar un hemisferio,
"Que tubo la osadia
"De aspirar á ser libre en algun dia;
"Ni basta á mi ambicion mi solo imperio.
Así dijo el tirano; pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caractéres ígneos su delito,
Con caractéres ígneos su escarmiento:
Escrito estaba; y de la voz divina,
Del fallo irrevocable, el cumplimiento
Confíose á la República Argentina.
Ella llamó á sus hijos, y sus hijos
El flamígero acero descolgaron,
Esos mismos aceros, que algun dia
Las falanges ibéricas segaron,
Cuando otro rey imbécil nos queria
Arrebatár la independéncia cara,
Y que el baldon de América durára.
Ya tremolando por el aire veo
Aquel mismo estandarte,
Que entorno á la infeliz Montevideo
Paseaba fiero el sanguinoso Marte,
Cuando el muro cercaba
Que de España las huestes encerraba,
Ya las voces escucho
De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los iberos
En Pichincha, en Junin, en Ayacucho;

Se desprendió del campo la cohorte.
¡Oh madres argentinas! Contra el pecho
Oprimid, oprimid el tierno infante,
Que ya no tiene padre en adelante,
¡Esposas! Empapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron,
Y la Horfandad y la Viudez amarga
La marcha del soldado precedieron,
Derramando tras sí miseria larga.
Pero no: presentad á vuestros hijos
El valor de sus padres por modelo,
Y dejad á las madres brasileiras
Llanto sin fin, inacabable duelo;
Que sus hijos caerán en las hileras
En grande muchedumbre,
Cuando el filosofo acero corte un día
El encorvado cuello, que sufría
El yugo de oprobiosa servidumbre.

¡Tirano del Brasil! Ya nuestros bravos
Traspasaron el límite anchuroso,
Que divide la tierra de los libres
De la tierra infeliz de los esclavos.
Ahora es el tiempo de que el rayo vibres
Con que nos amagabas jantancioso,
Cuando inmensas distancias separaban
Ejércitos y ejércitos; ni Marte
En tus campos plantaba su estandarte,
Ni nuestro Sol tus águilas miraban.
¡Tirano del Brasil! ¡Adónde, adónde
Los ministros están de tu venganza?
¡O cuál es el lugar en que se esconde,
Huyendo de la bárbara matanza,
Ese grupo venal, en cuya frente
Miro la marca del esclavo impresa,
Afrentado el valor del combatiente?
¡Déspota! Tú, que perpetuar pretendes
La usurpacion de una provincia agena,
¡Tu mismo patrimonio no defiendes?
¡Y cuál es el poder de que blasonas,
Si apenas nuestro intrépido soldado
El umbral del imperio ha traspasado,
El suelo del imperio le abandonas?

Guerreros argentinos, que llevaron
 Triunfantes sus banderas,
 Desde la márgen del ondo Plata
 Hasta el ópimo Chile. Las barreras
 Eternas de los Andes se allanaron
 Al terrible marchar de los Campeones:
 Parten de allí, cual rayo, á otras regiones,
 Y con igual decoro
 En el Perú la espada desnudaron,
 Y de sangre enemiga la lavaron
 En las corrientes del Rimac sonoro.
 El Ecuador los vió, Quito amagada
 Miró argentinos, y quedó asombrada:
 Y hélos de nuevo aquí y arder de nuevo
 En bélico furor toda la tierra;

Justo rencor á la nacion conmueve,
 Justa venganza cada pecho encierra;
 ¿Y quien es el valiente, que se atreve
 A conducir los bravos á la guerra?
 ¿Cuál es el Jeneral, que en sí confía?
 ¿Cuál es mas fuerte, si el acero blande?
 ¿A quién la Patria sus venganzas fia?
 ¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?

ALVEAR se presentó: toda la hueste
 Con vítores festivos lo aclamaba;

¡Este es el vencedor, el jenio es este!
 Y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
 Las náos brasileras

Oprimen formidables y altaneras;
 Y envano, envano, en belicoso brio
 Arde la capital, los campos arden.

¿Cómo atraviesan á la opuesta playa
 Los valientes de aqui, que, cuanto tarden,
 Crece el peligro en que la Patria se halla?

¡Tardar! No lo consiente

El marino impertérrito, terrible,
 Que sintiéndose intrépido, invencible,
 Se decide á forzar á la Victoria

A que empiece á tejerle la corona,
 Con que algun dia en Uruguay las sienes
 Le adorne del laurel con que blasona.

7

¡Oh Dios! ¡Y a questo es rey! ¡Y un pueblo entero
Su honor, su suerte, su vivir le fia!
Sí; pero ya no mas; que llega el dia
En que corona y cetro . . . Mas la sierra.
No es que, tronando, en derredor retumba,
Y el eco clamoroso de la guerra
Hinche la esfera, y por los aires zumba?
¿Nó es que el casco y la lanza de Belona,
Allá en la cima del lejano monte,
Brillar se miran, cual nimbosa luna,
Cuando sube sangrienta al horizonté?
Sí; que yo veo la caverna obscura
Preñada de armas y hombres; sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos á buscarlos
Al mismo pie de la fragosa altura:
Así Tesandro, y Menelao, y Epeontes,
Y Neoptolemo, y el astuto griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Calcularon la estúpida confianza
Con que hasta el pie del pérfido caballo
El troyano imprudente correria,
Y, sin temer la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiria.
Pero así no será; porque el guerrero
A quien confió su libertad la Patria,
Si es que aprendió de Marte
Frio valor en el combate fiero,
No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevee, dirige, determina,
Y el arma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas, y el lugar combina.
Desde este dia, ALVEAR, tu nombre aumenta
La lista de los grandes jenerales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y á que tributa honor en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia!
¡Fatal y necesario! Derramado
Por la extension desierta,
Donde horroriza la natura muerta,

Nada es que el sol abrasador hostigue
 Al escuadron valiente,
 Y no haya fresca linfa que mitigue
 La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:
 Su gloria es la fatiga;
 Y la bóveda espléndida del cielo,
 O de la húmeda noche el negro velo,
 El solo techo que al guerrero abriga;
 Marchar es su descanso.
 Y aridos arenales sus caminos:
 Pero tienen valor, son Argentinos.
 Abrete, historia, y muéstrame aquel hombre
 Que, como de poder por prueba rara,
 En Córcega produjo la natura,
 Para que el universo se asombrára.
 Voluntad eficaz, omnipotente,
 Que trastornar el orbe se propuso;
 Y trastornára el orbe ciertamente,
 Y ya la especie humana no sería *
 Lo que la hizo el Criador en algun dia, *
 Si conseguido Napoleon hubiera
 Que, como su ambicion mandaba al genio,
 Su ambicion á su genio obedeciera.
 Muéstramelo lanzado en su carrera,
 Todo el mundo ocupado de admirarlo:
 O deja que la olvide, por buscarlo
 Del Egipto en los vastos arenales,
 Seguido de franceses inmortales.
 ¡O! ¡Cual la Musa se complace ahora
 De ver que el mismo verso
 Que esa campaña describir podria,
 La campaña de ALVEAR describiria!
 Y atónico observára el universo
 Que del gran capitán el gran modelo
 No envano se ha gravado en la memoria,
 Y que tenemos gloria
 Parecida á la suya en nuestro suelo:
 Mas ya salvan el yerino inhospitable
 Las huestes argentinas,

** El pensamiento que se espresa en los dos versos
 anotados son de Madama de Staël.

Y mostraron su frente deleitable
De Valles las bellisimas colinas.
¡Brasileros, salud! Los hombres libres
Con una mano vuestra mano enlazan,
En signo de amistad; mas con la otra
El acero fatal con que amenazan
Descargarán, cual rayo, sobre aquellos,
Que, al oro vil de un déspota vendidos,
Intenten atrevidos
Su fuerza y su valor medir con ellos.
Brasileros! Mirad los que pregonan
Su renombre y sus hechos hazañosos;
Mirad esos soldados que blasonan
De que armaron sus brazos poderosos
Por defenderos hoy, como abandonan
Al furor militar del extranjero
Vuestro honor, vuestra vida. ¡Y que seria
De vosotros? ¡oh pueblos! este dia,
Si el arjentino acero
Fuese instrumento vil en viles manos
De la ambicion fatal de los tiranos?
¿Qué haceis, qué haceis, soldados,
Que ya no descendeis de la alta cumbre,
Y por estas llanuras derramados,
Ostentais vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Valles encierra
Abandonais así? ¿No sois testigos
De que recogen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y, á la ambicion y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron,
En demanda de gloria y de laureles?
¿Qué! ¿No hay audacia en el feroz Germano,
Y audacia no hay en el Sicambro fiero,
Para bajar al llano
Con ímpetu guerrero,
Y que triunfe el valor, y no la suerte,
En los campos horribles de la muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen. Así acosada

Del veloz cazador tímida cierva,
 Mas y mas se enmaraña en la espesura,
 Y aun su pavor conserva,
 Ya del venablo y del lebrél segura.

¡Ministros de un tirano!

Mirad, mirad la marcha triunfadora
 Con que avanza la hueste vencedora,
 Conquistando los pueblos del imperio;
 Pero ¡que conquistar! despedazando
 Los grillos de oprobioso cautiverio,
 Y por todo su tránsito sembrando
 La semilla del árbol, que algun día
 Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
 Del frío Septentrion al Mediodía,
 El suelo que Colon ha descubierto.
 Pero ALVEAR, persiguiendo á la Victoria,
 Quiere que el lauro de la lid le brinde;
 Y envano, envano San Gabriel se rinde,
 Que un pueblo sin defensa es poca gloria.

Como cuando retiembla el pavimento,
 Del fuego subterráneo conmovido,
 Y el rio, en encontrado movimiento,
 O retorna al lugar donde ha nacido,
 O, en curso desusado,
 Baña los campos que no habia bañado:
 Así retiembla la campaña en torno
 Bajo el pie del alípedo caballo;
 Y así en varias y opuestas direcciones
 Corren los formidables escuadrones;
 Y ya la falda de la sierra tocan
 Que inexpugnable al enemigo abriga,
 Y ya vuelven al llano, y lo provocan,
 Sin perdonar trabajo ni fatiga.

¡Campos de Ituzaingò! Los que valientes
 Bien prontamente os cubrirán de gloria,
 Y harán que se conserve entre las gentes
 Con asombro y honor vuestra memoria,
 Hoy se ven precisados
 A simular temor, y retirarse,
 Por probar si se atreven á lanzarse
 De la sierra esos tímidos soldados:
 Pero tiemblen del bárbaro escarmiento

Con que habrán de pagar en algún día
 La torpe y degradante villanía
 De obligar á un valiente al fingimiento.
 Así lo dijo ALVEAR, y á los campeones
 Abrasados en sed de la venganza,
 Ordenó que siguieran sus pendones
 Hasta el campo feroz de la matanza.

El enemigo entónces se alucina,
 Equivoca el temor con la destreza,
 Y recien abandona la aspereza,
 Cuando cree que el contrario huye cobarde,
 ¡Infelices! Marchad; la Muerte espera;
 Para saciar su saña nunca es tarde,
 Y ella os vá á sorprender en la carrera.

El sol sepulta entanto
 Su carro esplendoroso en occidente,
 Y abandona el olimpo refulgente
 A la enlutada noche: el negro manto
 Cubre la frente de la luna clara,
 Y el trémulo brillar de los luceros,
 El horror que en el campo se prepara,
 Y el bélico furor de los guerreros.
 En la densa tiniebla de la noche
 Mil sombras pavorosas divagaban,
 Cuyo lamento y míseros gemidos
 Las huestes enemigas aquejaban;
 Y, por lúgubres ecos repetidos,
 Sangre, horrores, y muerte presagiaban.
 Pero al campo arjentino
 No así el pavor cubria
 En tan terrible noche: de continuo
 ALVEAR por las legiones discurría;
 Y ora dispone que escuadron tremendo
 Siga á *Lavalle* en su feroz avance,
 Ora elige el lugar de donde lance
 El tronador cañon su globo ardiendo:
 Este es el sitio que el infante guarde,
 Aquella el ála que primero parta,
 Aquí la muerte una falange aguarde,
 Allá la muerte otra legion reparta.
 Frio y sereno ALVEAR, ordena todo,
 Y todo lo prevee; no de otro modo

Que, si en lugar de la batalla fiera,
 La fiesta de su triunfo dispusiera.
 La terrorosa espectacion del dia
 Hace cesar el sol; y el brasilero,
 Que en fuga vergonzosa nos creía,
 Atónito, azorado,
 Mira á su frente al enemigo fiero,
 A espantable venganza preparado.
 ¡Oh dia de prodigios y de horrores!
 ¡Dia de luto, asolacion, y llanto!
 No, no te puede celebrar mi canto;
 Perdonadme, terribles vencedores;
 Este asunto no es mio;
 Toma tu trompa, canorosa Clio.

Antes que los mortales
 La industria de matar adelantáran,
 Y el rayo á las esferas celestiales
 Atrevidos robáran,
 Y en los hórridos bronces lo encerráran;
 Con no menos furor, con menos arte,
 A los campos de Marte
 Los feroces guerreros descendian
 En silencio espantoso, y mas de cerca
 Mas segura la muerte repartian,
 Así en Ituzaingó, silencio horrible
 Reinaba en toda la extension del campo,
 Y con paso terrible,
 Y con serena frente,
 Se acercaba uno al otro el combatiente.
 La presencia del riesgo, la certeza
 De muerte inevitable,
 Si en la lucha sangrienta no vencian,
 Infundieron valor, dieron fiereza
 A los mismos soldados,
 Que, en las breñas poco antes abrigados,
 Parecian un grupo de indolentes,
 Tímidos, pusilánimes, indignos
 De matar y morir entre valientes:
Brown á su frente está; y él solo fuera
 El digno contendor que ALVEAR tubiera,
 Ya se acercan las masas condensadas
 De los fieros Teutones,

De agudas bayonetas erizadas,
 Rodeadas del cañon; sus batallones
 Muros parecen que moviera el arte;
 Inexpugnable muro: no hay guerrero
 Tan formidable que contra él se estrelle,
 Ni rayos suficientes á abrasarlo,
 Ni fogoso bridon que lo atropelle,
 Ni pujanza bastante á derribarlo.
 El valor argentino solamente
 La tremenda falange
 Pudiera ver llegar, y no temblára;
 Y la vió y no tembló, y el corvo alfange
 Desnudó con que pronto la segára.

Pero el bronce tronó: la Muerte fiera
 Subió en su carro á la señal de Marte,
 Y se lanzó en el campo carnicera;
 El belicoso bruto al punto parte,
 Que ya el audaz ginete
 Alzó el acero y le soltó la brida,
 Y al ímpetu feroz con que arremete
 Retiembla la campaña combatida.
 Y retembló otra vez, que el bronce fiero,
 Lanzando el rayo con letal destino,
 A la implacable Muerte abrió el camino:
 Saltó la sangre del primer guerrero,
 Y otra sangre la vengá,
 Y ya no hay dique que el furor contenga.
 De temor que el estrago á la distancia
 No tan sangriento sea,
 Y de que silve el plomo en la pelea
 Sin herir, sin matar, los escuadrones
 Se acometen, se chocan, se rechazan,
 Y se estrellan legiones con legiones,
 Y con mútuo furor se despedazan.
 Queda encerrado en el fusil entónces
 El plomo matador, callan los bronces;
 Y en manos del soldado
 El puñal fiero, y el filoso sable,
 La bayoneta, y la tremenda lanza,
 Sirven mas al furor de su venganza;
 Y, en silencio horroroso y espantable,
 Se ejecuta la bárbara matanza.

Sin eleccion la inapiadable Muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningun bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre,
A raudales hirvientes y copiosos,
Corren mezcladas, cual mezcladas corren
Las aguas de dos rios caudalosos,
Despues que en la confluencia se encontraron,
Y con ímpetu horrible se chocaron.
Golpe ninguno se descarga en vano;
Brazo á brazo pelea el combatiente;
Ni hay punta aguda, ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.
De ALVEAR empero la razon serena
El valor ardoroso dirigia,
Sin ceder al furor que la enagena:
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
Del medio de la lid llamando á *Brandzen*,
"Allí, dijo, el combate es mas sangriento,
"Y nuestra Patria, amigo, este momento
"Entré su honor y la ignominia lucha."
No dijo mas. El héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande,
Y alli lo envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu descende:
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de *Brandzen* los enojos
Redobló del soldado: tal un dia
Allá á los campos de la antigua Troya
Héctor descenderia,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte,
Y el momento llegó. La Parca avara,
No satisfecha de vulgar matanza,
Una víctima grande señalará . . . —

Y *Brandzen* espiró . . . —¡Golpe terrible!
 ¡Oh brasileras huestes! ¡Mas valiera
 Que tal honor el hado
 En este día atroz no os concediera!
 La sangre que el campeon ha derramado
 Mil vidas vale, y el estrago horrendo
 Recien empezará. ¡Venganza! grita
 El intrépido *Paz*. ¡Venganza! clama,
 Ardiendo en ira, el escuadron tremendo,
 Y ¡venganza, venganza! *ALVEAR* responde.
 Toma el lugar de su difunto amigo,
 Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
 Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
 El soldado lo sigue; vanamente,
 Con la muerte de *Brandzen* orgulloso,
 El esperto ginete brasileró
 Oponerse pretende al impetuoso,
 Al repetido choque: allí el acero
 Corta, hiende, destroza, despedaza;
 Como torrente, el escuadron furioso
 Por sobre miembros palpitantes pasa,
 Por sobre moribundos atropella,
 Deja á su espalda el espantoso estrago,
 Y en sólida falange al fin se estrella.
 La aguda bayoneta la defiende
 De aquel ímpetu ciego,
 Y el mortífero plomo se desprende
 De su prision de fuego;
 Pero mas fiero el argentino avanza
 Por el camino que le abrió la lanza,
 O del fogoso bruto el ancho pecho.
 Ciérrase luego: el escuadron deshecho
 Vuelve, júntase, estréchase, acomete
 Con ímpetu mayor, con mayor ira;
 Y otra vez y mil veces se retira,
 Y otra vez y mil veces arremete.
 Así las olas la muralla embaten,
 Y contra ella rompiéndose estruendosas,
 Se vuelven, se alzan, y otra vez furiosas
 Con repetido empuje la combaten,
 Hasta que se desploma á lo mas hondo
 La contrastada mole, y victoriosas

Revuelven los escombros en el fondo,
 La enemiga legion no de otro modo
 Desaparece al cabo;
 La vida de algun bravo
 Tal ruina cuesta, pero es ruina todo;
 Y, cayendo guerreros á millares,
 Digno holocausto fueron
 A las sombras de *Brandzen y Besares*.

La lid por todas partes entretanto
 Es, como aquí, sangrienta,
 Y, como aquí, se aumenta
 Por todas partes el horror y espanto.
 Asorda el trueno del cañon; su fuego
 La árida yerba inflama
 Que todo el campo cubre; cunde luego
 La abrasadora devorante llama,
 Mientras el aire hienden
 Globos ardiendo, que tambien lo encienden,
 Peléa el combatiente enfurecido
 Entre el incendio, el humo, la ceniza;
 Y el grito lamentable del herido,
 La horrida convulsion del que agoniza,
 La sangre hirviendo en el ardido campo,
 Los miembros destrozados.
 Y lejos de sus troncos arrojados,
 Tal es el cuadro que la lid crece;
 ¡Y ya no es tiempo ¡oh Dios! de que ella cese?
 Basta para triunfar. ¡Que! ¡La Victoria
 Vende tan caramamente sus laureles?

¡Donde costó jamas muertes tan crueles
 El arrancar sus palmas á la gloria?

Y en medio del estrago
 ¡Adónde está el guerrero
 Cuya presencia triunfa, cuyo amago
 Pavor infunde al enemigo fiero,
 Y cuyo brazo el genio de la guerra
 Armára él mismo del fulmíneo acero
 Para que hiciera estremecer la tierra?
 ¡Lavalle donde está?—Cual rauda viento
 Que arrebatara en furioso torbellino
 Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
 Derribando no mas, se abre camino:

11

Ó cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas rocas arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y á los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y sobre ruínas espumoso pasa;
Así *Lavalle* y su escuadron valiente
Atropellan, derriban este dia
A todos los que hubieron la osadia
De ponerse insensatos á su frente;
Muy mas allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los destrozan,
Los acaban en fin, y no reposan,
Y á la lid vuelven que pendiente se halla.
Llegaron, y al instante
Disipóse la nube que cubria
El rostro al Sol, que á su zenit subia,
Nunca mas magestuoso, mas radiante.
De lo mas elevado
De los aires descende de repente
Un trono refulgente,
De azul, y de oro, y resplandor velado;
Armoniosos cantares
Mil voces celestiales repetian,
Y las sombras de *Brandzen* y *Besares*
El pedestal del trono sostenian.
BELGRANO estaba en él. Su frente orlaba
El laurel de la gloria,
Y en su mano brillaba
La espada que nos daba la victoria,
Cuando BELGRANO fue.—“Basta de sangre
“[El héroe prorrumpió]; que este es el dia
“En que, en otro Febrero,
“Rendir vió Salta el pabellon ibero,
“Y cubrirse de honor la Patria mia:
“Este estrago fatal, este escarmiento
“Es sacrificio á mi memoria digno,
“Y digno de la Patria el vencimiento.
“¡Argentinos! triunfad.” Dijo, y benigno
Sobre la sien de ALVEAR en el momento
Dejó caer el laurel que lo adornaba,
Y la vision desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
 Entonces el Terror; el brasilero
 El estrago contempla, se horroriza,
 Y deja el premio del combate fiero
 A quien lo dio el valor. El argentino
 También vuelve, y se asombra
 De mirar á sus pies la horrible alfombra
 Que le dejó la Muerte por despojos.
 Ella su vista en el estrago ceba;
 Y, no bien satisfechos sus enojos,
 Por sobre, muertos su carroza lleva.

Soler, Mancilla, Lavalleja, Ariarte,
 Laguna, Paz, valiente Olivarría,
 ¡Cuánto os debio la Patria en este día
 En que alzasteis triunfante su estandarte,
 Sirviendo con honor á su venganza!
 Y tú también, incontrastable Oribe,
 El debido tributo de alabanza
 De la justicia y la amistad recibe,
 Ni tampoco tu nombre en el olvido
 Debe quedar, Vilela, sepultado:
 Tú al campo del honor has conducido
 Pacíficos vecinos, que al soldado
 Dieron grandes ejemplos de bravura,
 Cual si en la escuela de la guerra dura
 Educado se hubieran,
 Y á sus horrores avezados fueran.

¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras
 Que en el campo formáis, son hoy la Patria;
 Solo cubren su honor vuestras banderas.
 Hija de la Victoria, ya de lejos
 Os saluda la Paz, y á los reflejos
 De su lumbre divina,
 Triunfante, y de ambiciosos respetada,
 Libre, rica, tranquila, organizada,
 Ya brilla la República Argentina.

¡Ilustre Jeneral! ¡Oh, si mi verso
 Al del cisne de Mantua se igualára!
 ¡Cómo entonces por todo el universo
 Se estendiera tu gloria y lo llenára!
 Pero admite entretanto
 De mi cansada Musa el débil canto;

Que el día llegará que el aire rompa
 La voz del Genio á quien Apolo inspira;
 Y, desdeñando ya la humilde lira,
 Tal vez empuñará sonora trompa
 El que cantó ecsaltado
 Aquella ingrata noche habia pasado. (1)

EL VEINTICINCO DE MAYO
 DE 1838 EN BUENOS AYRES. [2]

Ya raya la aurora del día de Mayo:
 Salgamos, salgamos á esperar el rayo
 Que lance primero su fúljido sol.
 Mirad, todavía no asoma la frente,
 Pero ya se anuncia cercano al oriente
 De púrpura y oro, brillante arreból.
 Mirad esas filas, el rayo, el acero;
 Los patrios pendones, la voz del guerrero,
 Al salir del astro, saludo le haran;
 De párvulos tiernos inocente coro
 Alzará á los cielos el canto sonoro,
 Y todas las madres de amor llorarán.
 Por los horizontes del rio de Plata
 El pueblo en silencio la vista dilata,
 Buscando en las ondas naciente fulgor;
 Y el aire de vivas poblárase luego,
 Cuando en el baluarte, con lenguas de fuego
 Anuncie el momento, cañon tronador,
 Cándida y celeste, patria bandera
 Sobre las almenas será la primera
 Que el brillo reciba del gran luminar,
 Y ved en las bellas, cándida celeste,
 Como la bandera la nítida veste
 En gracioso talle, gracioso ondear.
 “Yo he sido guerrero; tambien ha postrado

(1) Primer verso de la célebre Oda, que compuso el Doctor Don Vicente Lopez, con motivo del triunfo de Maipú.

[2] Esta es la última obra que trabajó el autor en canto que antecede.

Mi brazo enemigos; me te ha destrozado
 La ardiente metralla del bronce español;
 No sigo estandarte inútil ahora,
 Pero tengo Patria . . . Ya luce la Aurora,
 Y seré dichoso, si miro este sol"

Así entre extranjeros, que absortos oían,
 Y á ver esta pompa con ansia venían,
 Hablaba un soldado, y era jóven yo.
 ¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquellas!
 ¡Pasarón, pasaron! Ni memoria de ellas
 Consiente el tirano, que el mando robó.

¡Ai! sella tus labios, antiguo guerrero,
 Y no hables ahora, si ansioso extranjero
 La gloria de Mayo pregunta cual es:
 Sí, sella tu labio, reprime tus iras:
 ¡Ah! ¡No te desprecien, los hombres que miras!
 Espera los días que vengan despues.

Envano se abrieron de Oriente las puertas,
 Como en negra noche mudas y desiertas
 Las calles y plazas y templos están:
 Solo, por escarnio de un pueblo de bravos,
 Bandas africanas de viles esclavos
 Por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grito, su danza salvaje
 Es en este día, meditado ultraje
 Del nuevo caribe que el Sud abortó.
 Sin parte en tu gloria, nacion Argentina;
 Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina;
 En su enojo el cielo tal hijo te dio.

Feroz y medroso desde el hondo encierro
 Do temblando mora, la mano de hierro
 Tiende sobre el pueblo, mostrando el puñal;
 Verguenza, despecho y envidia le oprimen;
 Los hombres de Mayo son hombres de crimen
 Para ese ministro del Genio del mal.

Sin él, ¡Patria, Leyes, Libertad! gritaron;
 Sin él, valerosos, la espada empuñaron;
 Rompieron cadenas y yugos, sin él:
 Por eso persigue con hórrida saña
 A los vencedores de su amada españa,
 Y en el grande día, la vengán cruel.

El Plata, los Andes, Tucuman hermoso,

Y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso,

¿Le vieron acaso pugnar y vencer?

Vilcapujio, Ayoma, Moquegua, Torata,

Donde la victoria nos fue tan ingrata

¿Le vieron acaso con gloria caer!

A fuer de cobarde y aleve asesino,

Espiaba el momento que al pueblo Argentino

Postrado dejara discordia civil;

Y, al verse vencido por su propia fuerza,

Le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza,

En que arrastre esclavo cadena servil.

¡Oh Dios! no supimos, vivir como hermanos;

De la dulce patria nuestras mismas manos

Las tiernas entrañas osaron romper:

Y, por castigarnos, al cielo le plugo,

Hacer que marchemos uncidos al yugo

Que oscuro salvaje nos quiso imponer.

¿Y tú Buenos Ayres, ántes vencedora,

Humillada sufres que sirvan ahora

Todos tus trofeos de alfombra á sus pies?

Será que ese monstruo robártelos pueda

Y de ti se diga que solo te queda

El mísero orgullo de un tiempo que fue?

¿Qué azote, que ultraje resta todavía,

Qué nuevo infortunio, cara Patria mia,

De que tú no seas la víctima ya?

¡Ah! Si tu tirano supiese siquiera

Reprimir el vuelo de audacia extranjera,

Y vengar insultos, que no vengará.

De Albion la potente, sin duro castigo

Del Brasil, de Iberia, bajel enemigo

La espalda del Plata jamás abrumó;

Y ahora estraña flota le doma, le oprime,

Tricolor bandera flamea sublime,

Y la azul y blanca vencida cayó.

¿Qué importa al perjuro tu honor ó tu afrenta?

Los heroicos hechos que tu historia cuenta,

Tus dias felices, tu antiguo esplendor,

Deslumbran su vista, confunden su nada

Y el bárbaro intenta dejar apagada

La luz que á los libres en Mayo alumbró.